

Psicología y desarrollo humano

La comunicación

Hna. Virginia Isingrini

Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

Babel

La plenitud de la palabra se alcanza en la plenitud de la relación, del don, de la entrega de sí en el sacrificio. Sólo entonces la palabra es manifestación plena del ser, de su vocación más auténtica y profunda. «Todo hombre encierra en sí -afirma Vladimir Soloviev- la imagen de Dios y reconocemos esta imagen de modo abstracto y teórico en la razón y a través de la razón. Pero es en el amor donde la reconocemos y la manifestamos de forma concreta y vital». En Jesús, en el Amado, no hay ninguna escisión entre su palabra y su ser, totalmente entregado al Padre y al hombre; entre su doctrina y las obras realizadas a lo largo de su vida. La cruz sella, como Palabra definitiva, esta perfecta coherencia. El hombre, por el contrario, oponiéndose al designio del Creador, altera esta armonía original.

La Biblia describe esta fractura especialmente por medio de la imagen de Babel, representación social de la rebelión del Edén. La palabra humana divide y confunde porque es espejo de un ser dividido y confundido, a la merced de un deseo de grandeza buscado lejos y en oposición a Dios. Al hombre no le basta ser sólo imagen y semejanza de Dios, quiere escalar el Cielo como Prometeo mitológico, para robar el fuego de la divinidad. No lo quiere como un regalo, sino como una conquista autosuficiente y solitaria. No acepta el don y, por ende, no puede hacerse don para sus semejantes. El pecado, en su esencia, es siempre una negación o distorsión de la alteridad. El declinar del sentido del pecado, tan dolorosamente actual, es el efecto de la identificación narcisista del 'yo' con la norma absoluta, el ideal la trascendencia. El otro/Otro es reducido a mera extensión de la propia personalidad, cuando no a un objeto que usar o destruir según el antojo. Por eso el diálogo se vuelve soliloquio, atropello, fuente de malentendidos y divisiones.

A las antípodas de Babel: Pentecostés

A la dispersión de Babel, la Biblia contrapone la comunión y la recíproca comprensión provocada por el don del Espíritu en Pentecostés. Sólo el don de amor entre el Amante y el Amado, el Encuentro, según la definición de Ignacio de Antioquía, puede completar la creación del hombre nuevo, iniciada en la cruz. Como Dios insufló su hálito de vida en el barro para dar origen al hombre; así ahora, el Resucitado derrama su Espíritu sobre la comunidad reunida para transformarla en la nueva humanidad: «*Así pues, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado; esto es lo que ustedes ven y oyen*», proclamará Pedro en su primer discurso después de Pentecostés (*Hechos de los Apóstoles 2, 33*).

El relato de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y su consiguiente capacidad de expresarse y hacerse entender en todas las lenguas, superando la confusión de Babel, es una de las imágenes más eficaces del don de la comunicación que Dios regala a su pueblo.

Lenguas de fuego

La narración de los Hechos se compone de tres partes. En la primera (2, 1-3) se describen algunos signos de una teofanía, es decir, de una intervención divina: «*De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos*». En primer lugar, se describe un fenómeno auditivo: un ruido que viene del cielo, parecido al viento de una gran tormenta. Viento y tormenta, elementos “*numinosos*” para el hombre antiguo, acompañan la manifestación de Dios en el Antiguo Testamento. La imagen del viento impetuoso sugiere perfectamente la venida del Espíritu porque la palabra griega “*pneuma*” puede significar ‘espíritu’ y ‘viento’ . La indicación de que el ruido resonó en toda la casa, sirve para ilustrar la irresistible potencia del «fenómeno».

Estos signos recuerdan la gran teofanía del Sinaí (Éxodo 19, 16- 19), donde el pueblo recibe la ley y la alianza. Pero aquí el fuego asume la figura de lenguas, símbolo de la comunicación humana. La palabra griega “*glossai*” significa tanto la lengua, órgano de la fonación, como el lenguaje hablado. Si antes se había comparado el ruido con el huracán, ahora se describen las lenguas «como de fuego ». También el fuego es signo de la presencia de Dios y la religión judía establece frecuentemente un paralelismo entre la ley, como palabra sacrosanta de Dios, y el fuego.

Se pusieron a hablar

En la segunda parte (4-13) se describe el milagro de las lenguas, ya sea en la experiencia de los discípulos («*se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse*»), como en la de los oyentes («*¿cómo cada uno de nosotros les oímos hablar en nuestra propia lengua nativa: partos, medos y elamitas...?*»). La escena había empezado entre las angostas paredes de una casa, tal vez aquel «cuarto superior » (1, 13) donde se reunían los Apóstoles con María y otros discípulos. Ahora, de repente, se esfuman los muros de la casa y el escenario se amplía hasta abarcar la ciudad entera, que se congrega llena de estupor para escuchar un lenguaje nunca oído. La larga lista de pueblos presentada por San Lucas, parece ir más allá de la simple identificación de los lugares de la diáspora judía; quiere abrazar en una mirada universal todas las nacionalidades y culturas de aquel entonces. El don del Espíritu, cuando es acogido, devuelve la posibilidad de la comprensión mutua, de la armonía entre la palabra y el ser profundo del hombre, llamado a la comunión y a hacerse don para los demás.

Construyen la fraternidad

En la tercera parte (14-47), Pedro explica lo sucedido: se trata del don del Espíritu Santo, enviado por Jesucristo, muerto y resucitado. Recuerda también los efectos contagiosos de este don. De ahí nace la primera comunidad cristiana: «*Aquel día se les unieron unas tres mil personas*» (41); una comunidad que tenía un solo corazón y una sola alma, como dirá más adelante, porque se cimentaba sobre la Palabra, la Fracción del Pan, la oración y la comunión de todo cuanto tenía, para que nadie pasara necesidad.

El don del Espíritu suscita, pues, una extraordinaria capacidad comunicativa, reabre los canales de diálogo interrumpidos en Babel, y restablece la posibilidad de una relación

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 46 (2010)

auténtica entre los hombres, en el nombre de Jesucristo. Esto suscita la Iglesia como signo e instrumento de la comunión de los hombres con Dios y de la unidad del género humano.